

mado el SWP, haciendo causa común con Trotsky (quien, dicho sea a la volada, pasó una temporada en USA antes de la Revolución). También los redactores de *Par-tisan Review* estaban en la disidencia de izquierda y, más moderados, persistían varios pedazos del antiguo Partido Socialista de Eugene Debbs. Por último, quedaban algunos anarcos europeos que se salvaron de la purga policial de los 20. A propósito de anarquistas, vale la pena decir que la suya ha sido la presencia radical más importante en la historia de Estados Unidos: los mártires de Chicago y el célebre dúo Sacco-Vanzetti bastan para probarlo. Como en tantas otras partes, sin embargo, los libertarios cedieron su terreno a la izquierda marxista cuando terminó la hora de la primera época obrera. De todas maneras, me parece extraño que la prédica anarca haya prendido tan débilmente en un país que se fundó bajo el signo del anti-estatismo.

III

Pero, en fin, regreso a los comunistas. En los años de la Depresión no se les escuchó sólo en las grandes ciudades, sino hasta (mayor mérito, sin duda) en esos pueblitos destartados que Faulkner describe con seca melancolía. El más famoso entre los que llegaron a las plantaciones sureñas fue Woody Guthrie, el creador de una música *country* con verdadero filo político. También de Guthrie se ha ocupado el cine: Hal Ashby filmó su vida en *Esta tierra es mi tierra* y, hasta donde me da el recuerdo, la película es buena pero saltea con elegancia toda alusión a la opción política de su héroe. Entre los seguidores del cantante se puede contar a Bob Dylan, pero en rigor su discípulo más fiel fue Pete Seeger, muerto hace poco en un lago de Alemania Oriental. La principal gracia de Seeger es, como se sabe, la de hacer conocida *Guantanamera* en inglés.

Donde se notó con mayor claridad el auge del PC norteamericano en los 30 fue (paradojas del internacionalismo) en la España de la Guerra Civil. 3,200 estadounidenses pelearon por la República, la mayoría en la Brigada Abraham Lincoln. Su guerra no terminó el 39, sino que de vuelta a casa debieron soportar el convertirse en ciudadanos bajo sospecha. Su antifascismo prematuro los puso en las listas negras del FBI hasta 1965, cuando la Corte Suprema declaró (por fin) inconstitucional toda medida contra ellos. Aparte de la prolongada mala fe oficial, otra secuela ha quedado de la participación norteamericana en la Guerra Civil: *Por quién doblan las campanas*, la célebre novela de Hemingway.

Los años de la Segunda Guerra, siendo negros para todo el mundo, le dieron al PC hasta un barniz de respetabilidad. A la



Warren Beatty, en *Reds*, filme sobre la vida de John Reed.

larga, Stalin era uno de los aliados. En el 45 no sorprendió que *Time* lo eligiera como su "Hombre del Año". Pero el idilio no duró casi nada: el británico Churchill denunciaría poco después a la Cortina de Hierro y el general Mc Arthur se despacharía a su gusto contra la URSS. Otro individuo de ancestro escocés, Mc Carthy, se haría famoso persiguiendo comunistas reales e imaginarios. Uno más, Mc Carran, redactó un acta ilegalizando toda actividad vinculada más o menos estrechamente al PC. A la caza de brujas se sumaron, entre otros, Richard Nixon, quien empezó así promisoriamente su carrera, y el presidente

IV

El grupito irrelevante que es ahora el PC de Estados Unidos procede de esa enorme frustración. Howard Fast, que se había negado a declarar ante el comité de Mc Carthy, renunció en público al Partido. Con él se fue el 90% de la militancia y se acabó, malamente, todo un ciclo. El PC se convirtió en el saldo penoso de la Vieja Izquierda y no tuvo ya gran cosa que ver con la contestación juvenil de los 60, a pesar de la solitaria presencia de Angela Davis. La Nueva Izquierda que progresó en el rechazo a la guerra de Vietnam está hace una década examinando su



El tristemente célebre senador McCarthy, en la foto junto a Joseph Welch (parado), uno de sus principales adversarios.

del Sindicato de Actores, Ronald Reagan. Esa historia, la de la "Guerra Fria", es mucho más conocida y no me voy a demorar en ella. Sólo diré que su histeria propagandística y represiva golpeó al PC (hubo claudicaciones célebres, como la de Elia Kazan, y buena cantidad de pasajes al anonimato), pero que fueron peores los golpes de los amigos. Porque, para remate, en el año 56 Krushchev denunció en el XX Congreso del PCUS los hasta entonces mil veces negados crímenes de Stalin. Y fue el derumbe.

crisis, pero de los comunistas gringos ni siquiera eso puede decirse: su discurso está teñido de un optimismo burocrático, que no cuestiona la invasión a Afganistán y respalda sin calor a Nicaragua, mientras elogia ritualmente a la URSS en la belicista Norteamérica de Reagan.

Para la desventura de John Reed, el partido que fundó no ha servido para estremecer al mundo. Aunque en algún momento, a decir verdad, pareció querer sacudirlo un poco.

Austin, 1986

Libros

La utopía andina en debate

Eusebio Quiroz Paz Soldán



El premio del concurso de ensayo otorgado por la Casa de las Américas ha sido concedido este año a nuestro compatriota el historiador Alberto Flores Galindo por su excelente trabajo: "Europa y el país de los incas. La Utopía Andina".

Un aspecto esencial en este ensayo es su agudeza al penetrar en un tema que ha sido poco menos que marginado en nuestra literatura histórica: el de la naturaleza de las relaciones entre la cultura occidental y el mundo andino, a partir del hecho específico de la conquista y dominación españolas.

Las consecuencias de tal hecho sobre la cosmovisión y mentalidad del hombre andino no han concluido todavía. Mientras los peruanos no conozcamos a fondo la realidad que subsiste bajo el mundo de apariencias de las festividades en los pueblos serranos y no podamos explicarnos correctamente su mensaje, su intencionalidad profunda, no estaremos en condiciones de participar en la construcción del Perú que todos anhelamos y deseamos y donde el primer elemento de cohesión nacional sea precisamente una identidad cuyo punto de partida puede encontrarse en el choque cultural hispano-indígena.

Necesitamos pues poseer una lectura y una explicación del significado histórico de lo que llamamos mestizaje, para responder si somos un país mestizo y si aceptamos tal realidad en lo étnico, cultural y social; con ello podremos mirar al futuro con esperanza, no sólo con palabras.

La violenta ruptura de una larga tradición cultural en el mundo andino provocada por la invasión española en 1532, trajo como resultado aparente una asimilación rápida de los indígenas a la cultura occidental hispánica con todo lo que ello conlleva en lo religioso, social, económico, etc. Pero tal fenómeno de choque entre dos culturas y dos mundos, provocó varios efectos distintos de ambos lados, tanto en Europa como en América.

Por un lado, los europeos comenzaron desde Colón pensando haber encontrado en el Nuevo Mundo el lugar propicio para la realización de un ideal que podía confundirse hasta con el

Paraíso Terrenal. Es verdad que para muchos de ellos adquirió también las dimensiones de lo fabuloso: El Dorado, la tierra de "nunca jamás", el país de Cocafía; un lugar donde se podría entrever la justicia y la igualdad como las que reinaban durante los días de la fiesta de Carnaval en la Europa medieval.

Flores Galindo con una riqueza de detalles y matices que hablan muy alto de su cultura como historiador, nos propone en este trabajo una especie de derrotero histórico de la Utopía Andina, de 1532 a 1986, cuyos pasos son la: utopía andina; la muerte del Inca; utopía oral y utopía escrita; el Paititi como espacio imaginario; la representación social y teatral de la utopía y los conflictos que en la actualidad se esconden en ella, para finalizar con el futuro en relación con la Utopía Andina.

En cuanto al contenido, la argumentación presentada por Flores Galindo nos lleva al reconocimiento del significado de la conquista para los indios: el mundo se les ha colocado al revés, el Inca ha sido apresado y muerto. La memoria colectiva de los hombres andinos fusiona el recuerdo de Atahualpa, último inca, con el de Túpac Amaru I, degollado en el Cusco en 1572. La realidad que se inicia con la

llegada de los invasores europeos es transformada lentamente de Mito en Utopía, de explicación de una realidad dura e injusta en esperanza de un futuro donde las cosas volverán a ser como antes. En tal sentido el mito de Inkari es la mejor explicación de esta fusión de la idea del Inca que resucitará con la imagen de un Cristo traído por los españoles y que promete regresar resucitado. El mito expresa así, no una realidad, ni un anhelo, sino una explicación fantástica de la situación de injusticia que soportaron los indios.

La Utopía pasa de la tradición oral a lo escrito y de allí a lo teatral. En las fiestas religiosas de los pueblos andinos aparecen enfrentados el Inca y el Capitán, vence siempre el segundo, pero en otros pueblos se reconcilia y bebe y danza con el primero.

Alberto Flores Galindo. *Europa y el país de los incas: la utopía andina*. Instituto de Apoyo Agrario. Lima, 1986.